

PRÓLOGO

Por Luis Volonté

El primer poemario de Juana de Ibarbourou ha sorteado sin revisión crítica de profundidad, la docena de ediciones (incluyendo las tres ediciones de sus obras completas, de la editorial Aguilar de Madrid), además de la selección de muchos de sus poemas para innumerables antologías. Publicar nuevamente *Las lenguas de diamante* -aunque sea una selección de sus poemas-, al cumplirse ochenta años de su edición príncipe, es una forma de celebración, de reconocer su vigencia. Pero esto obedece más a una serie de circunstancias del momento de publicación que al valor de su poesía. No obstante, la publicación del poemario que dio la medida -"de una vez y para siempre"-, de la personalidad lírica de Juana de Ibarbourou se justifica en su recuperación y adscripción al dominio de la historia literaria del país.

La conjunción de circunstancias que catapultaron a Juana de Ibarbourou desde su primer libro, para coronarla apenas diez años más tarde como Juana de América, iniciando así una carrera de premios y condecoraciones tan vocinglera como desmedida, son de diversa índole. En el plano político internacional, la algarabía por el fin de la primera conflagración mundial abría un espacio para la celebración de la vida; en el literario, los últimos estertores

del modernismo, reclamaban nuevas voces que aún no habían consolidado las vanguardias, por lo menos en Latinoamérica; por otro lado, muerta Delmira Agustini, silenciada María Eugenia Vaz Ferreira, el panorama de la lírica femenina uruguaya estaba desierto, y, en el plano personal su deslumbrante belleza, una audaz política literaria y una poderosa intuición hicieron de la poeta un *producto* que llenaba la medida de las aspiraciones mesocráticas de la república batllista.

Los hechos comienzan a materializarse con la nota que Salaverri¹ publicara en el vespertino *La Razón* bajo el título de "La revelación de una extraordinaria poetisa". Es el mismo Salaverri quien propone a la Cooperativa Editorial de Buenos Aires la publicación de *Las Lenguas de Diamante*. Esta edición, prologada por Manuel Gálvez será recibida con beneplácito por la crítica que subraya su arrojo², su espontaneidad, su alegría de vivir³, en un momento en que las voces femeninas cantaban la angustia y la tragedia⁴.

La oportuna presentación de Juana en sociedad y la buena acogida de público y crítica, le imponen tres nuevas ediciones de *Las Lenguas de Diamante* (Montevideo, M.García ,1923; Buenos Aires, 1926 y Montevideo, Monteverde, 1927), en las que aumenta y corrige poemas, agregando algunas dedicatorias entre las que destacan: a Francis de Miomandre⁵, a Cecilia Meireles, a Pedro Figari, a Miguel de Unamuno ("fervorosamente"), a Eduardo Barrios, el novelista y dramaturgo chileno que fuera en dos oportunidades Ministro de

Educación y a Joaquín García Monge, fundador y director de la revista costarricense *Repertorio Americano*. Esta estrategia de vínculos se confirma también en sus *Páginas de Literatura Contemporánea* (1924) que fuera adoptada como texto por el Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, con elogiosas reseñas a José Santos Chocano, quien reclamara para sí el mérito de haberla llamado "Juana de América", y también a Juan⁶ Zorrilla de San Martín⁷, quien fuera su padrino de bodas en el casamiento religioso realizado en 1921, así como quien la desposara luego con América en el acto de consagración del 10 de agosto de 1929.

Estos hechos, para nada casuales responderían en parte la pregunta que su ingenua biógrafa Dora Isella Russell se hacía en la conferencia leída en el Ateneo Iberoamericano de Buenos Aires⁸: "¿Cuál fue el milagro de [Juana] que, con menos años [que Luisa Luisi, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni], sin antecedentes literarios, venida desde una pequeña ciudad del interior, se colocó de golpe en el primer plano de la admiración continental, sin más credenciales que el canto de una juventud maravillosa que vio su nombre ceñirse de lauros con una sola obra?"

Aquellos hechos y estos otros más notorios: su extraordinaria belleza, su declarada modestia⁹, su juventud, su condición de madre y esposa fiel de un militar del partido colorado¹⁰, hacían de Juana una candidata inigualable para el título que -sancionó Rama- "el país se atrevía a discernir por sí y ante sí"¹¹.

Era el mito que el país necesitaba, para satisfacer en la cultura las conquistas deportivas de los olímpicos. Mito que trascendió la crítica literaria para instalarse en el protocolo político y abrir paso a una avalancha de condecoraciones y honores que terminara, desgraciadamente, con la Orden del Protector de los Pueblos Libres, inaugurando el título instaurado por los generales del régimen militar uruguayo.¹²

No obstante, y por encima de toda estrategia, conforma la personalidad de Juana de Ibarbourou, una poderosa intuición que explicaría la asimilación y superación de -sin la perspectiva histórica que dan los años- los procesos literarios que se vivían en su época. Es muy improbable que el nomadismo propio de los destinos militares de su esposo, le haya permitido una actualización acorde con la respuesta que su intuición le dictó. *Las Lenguas de Diamante*, no se convirtieron en epónimo de la lengua del continente, ni siquiera hizo escuela, pero vino a llenar un espacio en la poesía erótico-femenina del Uruguay.

¹ Vicente A. Salaverri (pseudónimo Antón Martín Saavedra), era un cronista reconocido que dirigía la página literaria del vespertino *La Razón* de Montevideo. Publicó varias novelas, recogió en libro notas y entrevistas y fue designado (¿premio para el descubridor?) en 1930 para ocupar el cargo de Director del Diario Oficial.

² En carta fechada en Salamanca a 18 de setiembre de 1919, Miguel de Unamuno retribuye el envío del *Las Lenguas de Diamante* con una carta-crítica, que fuera publicada en la selección de poesía realizada por Manuel de Castro en 1920. En ella escribe: “Una mujer, una novia, aquí no escribiría versos como los de usted aunque se le vinieran a las mientes y si los escribiera no los publicaría”.

³ “La poesía de Juana de Ibarbourou -dice Zum Felde en su *Proceso Intelectual del Uruguay*- es gozo de vivir y plenitud de amor. Canta esta poetisa pagana en sus primeros cantos el sabor de la vida terrena, y el sano y simple amor de los instintos, sin complicaciones psicológicas y sin tristezas metafísicas. Toda su poesía está hecha de amor a la tierra y de sensualidad delicada. Ella ama y disfruta -como una criatura inocente y salvaje- de todas las cosas naturales. En ella volvemos a

encontrar el gusto puro de la vida sensorial, que la época intelectualista casi había perdido.”

⁴ *Los sonetos de la muerte* de Gabriela Mistral, recogen su experiencia desgraciada en el amor. Los más recientes poemarios de Alfonsina Storni, *El Dulce Daño* (1918), *Irremediablemente...*(1919),denuncian una sensibilidad enfermiza y están cargados de melancolía. Los ecos del asesinato de Delmira Agustini, aun resuenan destacando la lectura trágica de su poesía.

⁵ Con el título de *La Touffe Sauvage* Francis de Miomandre publicó en París (1925) una selección de poesía de *Las Lenguas de Diamante*, de *Raíz Salvaje*, y otros poemas.

⁶ En el Suplemento dominical de *El Día*, N° 2392, del 12 de agosto de 1970, Dora Isella Russel publica un facsimil de la tarjeta en la que el poeta peruano José Santos Chocano reivindica para sí “el honor de haber sido el primero en darle justicieramente el nombre de Juana de América.”

⁷ Cfr. artículo de Pablo Rocca, “Juana de Ibarbourou: la máscara y el rostro” en *Brecha*, Año V, N° 218, febrero 2, 1990, pp.24-26.

⁸ En Buenos Aires, en La Plata y en otros lugares, leyó D.I.R. la conferencia que en agosto de 1951 imprimiera en los talleres gráficos de Impresora Uruguaya, Montevideo.

⁹ “...yo no alenté, no busqué, no pedí a los dioses esta hora de premio máximo”. Recogido en la conferencia de D.I.R. antes citada, pág.21

¹⁰ “El capitán Lucas Ibarbourou como su padre fueron miembros del Partido Colorado” consigna Rocca en artículo antes citado.

¹¹ “Prólogo” a *Juana de Ibarbourou. Los Mejores Poemas*, Montevideo, Arca Editorial, 1986, p.6.

¹² “Clausura de un mito” recoge esta línea de reflexión, que convirtió a Juana de Ibarbourou en “un bien nacional de uso público” para ser “invocada en función de aquello que políticos y dignatarios, más que escritores, tenían por lo más prestigioso de la categoría de lo poético en el intercambio de los valores entre las naciones. Ella merecía -continúa Carlos Martínez Moreno- algo mejor, pero acabó por aquerenciarse en esas formas de la Gloria”.

Cuadernos de Marcha, México, segunda época, Año I, N° 3, setiembre-octubre de 1979. Recogido en *Literatura Uruguaya. Tomo Y*, Montevideo, Cámara de Senadores, 1993, pp.287-296.